

No olvides leer cada quince días Tribuna Complutense. Próximo número: 4 de marzo

Manuel Guzmán es catedrático de Biología. Sus investigaciones con cannabinoides le han convertido en un referente a nivel internacional y de ahí que participe en proyectos CIBER del Ministerio de Sanidad y que coordine un consorcio junto con otros grupos de la Facultad de Medicina de la UCM. Entrevista en página

TRIBUNA

COMPLUTENSE

19 de febrero de 2008

Universidad Complutense de Madrid

110 €

Nuevos indicadores del crecimiento

La medición de conceptos abstractos ha constituido siempre un problema en cualquier ciencia, pero lo es aún mayor en las ciencias sociales. Las ciencias físico-naturales tienen una antigüedad mucho mayor, y la mayoría de sus instrumentos de medición son fruto del consenso en la comunidad científica, lo que no excluye que en muchos casos haya diversos instrumentos, como sucede con las muy variadas escalas para medir la temperatura. Las ciencias sociales son más recientes, y por tanto la falta de consenso en la comunidad científica es también más frecuente, aunque poco a poco se van aceptando ciertos instrumentos de medición. Dentro de las ciencias sociales, la economía fue posiblemente la que antes intentó definir ciertos instrumentos de medición, como la renta nacional, el producto interior bruto, las tablas input-output, etc., si bien esos instrumentos no han estado

libres de crítica académica, que a veces ha conducido a su perfeccionamiento.

El crecimiento económico se ha medido tradicionalmente a través del incremento (positivo o negativo) entre dos mediciones del Producto Interior Bruto (PIB), definido como la renta o el valor de bienes y servicios producidos por una economía, en un período de tiempo concreto (generalmente un año). Así, si el crecimiento económico entre el año 1 y el año 2 sería igual a $(PIB_2 - PIB_1) / PIB_1 \cdot 100$, y si el período de tiempo fuese de más años habría que dividir la expresión anterior por ese número de años para dar el crecimiento económico anual en porcentaje. Con independencia de las dificultades para estimar el PIB de una sociedad, incluso cuando se corrige este para obtener el PIB real (que descuenta la inflación en el período considerado), muchas de las críticas a este instrumento de medición es que solo tiene en cuenta los bienes y servicios

materiales, pero no tiene en cuenta otros aspectos relativos a la calidad de vida, al bienestar de los individuos, que pueden medirse a través de indicadores objetivos (p.e., calidad del medio ambiente, mortalidad y esperanza de vida, nivel educativo de la población, libertades y derechos civiles, igualdad social, etc.) o de indicadores subjetivos (p.e., sentimiento de felicidad, satisfacción con la vida o sus diferentes aspectos, etc.).

Además, habitualmente se utiliza el PIB para estimar el nivel de vida de los individuos, dividiendo éste por la población, para obtener el PIB por persona (renta per capita), lo que plantea problemas adicionales si ese promedio no va acompañado de alguna medida de dispersión, como es obligado hacer siempre que se utilizan mediciones promedio. Las críticas en este caso han sido por tanto muy similares e incluso mayores, al haberse introducido el problema adicional de que un promedio

puede ocultar distribuciones muy distintas del conjunto de bienes y servicios entre los miembros de una población concreta. En cualquier caso, actualmente se observa un creciente consenso en que cualquier medida de crecimiento económico debe incluir también diversos indicadores de bienestar social, tanto objetivos como subjetivos. La mayoría de los organismos internacionales, como las NNUU (p.e., índice de desarrollo humano), la OCDE, el Banco Mundial, además de las universidades y centros de investigación social están ahora trabajando para lograr mejores indicadores de crecimiento, económico y social. Los trabajos de Stiglitz constituyen precisamente un ejemplo de estos esfuerzos por perfeccionar y refinar la medición de este importante concepto.

POR JUAN DIEZ NICOLÁS
Catedrático de Sociología de la UCM y Presidente
de ASEP

Manuel Guzmán es catedrático de Biología. Sus investigaciones con cannabinoides le han convertido en un referente a nivel internacional y de ahí que participe en proyectos CIBER del Ministerio de Sanidad y que coordine un consorcio junto con otros grupos de la Facultad de Medicina de la UCM. Entrevista en página

TRIBUNA

COMPLUTENSE

19 de febrero de 2008

Universidad Complutense de Madrid

Nº 66

Nuevos indicadores del crecimiento

La medición de conceptos abstractos ha constituido siempre un problema en cualquier ciencia, pero lo es aún mayor en las ciencias sociales. Las ciencias físico-naturales tienen una antigüedad mucho mayor, y la mayoría de sus instrumentos de medición son fruto del consenso en la comunidad científica, lo que no excluye que en muchos casos haya diversos instrumentos, como sucede con las muy variadas escalas para medir la temperatura. Las ciencias sociales son más recientes, y por tanto la falta de consenso en la comunidad científica es también más frecuente, aunque poco a poco se van aceptando ciertos instrumentos de medición. Dentro de las ciencias sociales, la economía fue posiblemente la que antes intentó definir ciertos instrumentos de medición, como la renta nacional, el producto interior bruto, las tablas input-output, etc., si bien esos instrumentos no han estado

libres de crítica académica, que a veces ha conducido a su perfeccionamiento.

El crecimiento económico se ha medido tradicionalmente a través del incremento (positivo o negativo) entre dos mediciones del Producto Interior Bruto (PIB), definido como la renta o el valor de bienes y servicios producidos por una economía, en un período de tiempo concreto (generalmente un año). Así, si el crecimiento económico entre el año 1 y el año 2 sería igual a $(\text{PIB}_2 - \text{PIB}_1 / \text{PIB}_1) * 100$, y si el período de tiempo fuese de más años habría que dividir la expresión anterior por ese número de años para dar el crecimiento económico anual en porcentaje. Con independencia de las dificultades para estimar el PIB de una sociedad, incluso cuando se corrige este para obtener el PIB real (que descuenta la inflación en el período considerado), muchas de las críticas a este instrumento de medición es que solo tiene en cuenta los bienes y servicios

materiales, pero no tiene en cuenta otros aspectos relativos a la calidad de vida, al bienestar de los individuos, que pueden medirse a través de indicadores objetivos (p.e., calidad del medio ambiente, mortalidad y esperanza de vida, nivel educativo de la población, libertades y derechos civiles, igualdad social, etc.) o de indicadores subjetivos (p.e., sentimiento de felicidad, satisfacción con la vida o sus diferentes aspectos, etc.).

Además, habitualmente se utiliza el PIB para estimar el nivel de vida de los individuos, dividiendo éste por la población, para obtener el PIB por persona (renta per capita), lo que plantea problemas adicionales si ese promedio no va acompañado de alguna medida de dispersión, como es obligado hacer siempre que se utilizan mediciones promedio. Las críticas en este caso han sido por tanto muy similares e incluso mayores, al haberse introducido el problema adicional de que un promedio

puede ocultar distribuciones muy distintas del conjunto de bienes y servicios entre los miembros de una población concreta. En cualquier caso, actualmente se observa un creciente consenso en que cualquier medida de crecimiento económico debe incluir también diversos indicadores de bienestar social, tanto objetivos como subjetivos. La mayoría de los organismos internacionales, como las NNUU (p.e., índice de desarrollo humano), la OCDE, el Banco Mundial, además de las universidades y centros de investigación social están ahora trabajando para lograr mejores indicadores de crecimiento, económico y social. Los trabajos de Stiglitz constituyen precisamente un ejemplo de estos esfuerzos por perfeccionar y refinar la medición de este importante concepto.

POR JUAN DíEZ NICOLÁS

Catedrático de Sociología de la UCM y Presidente de ASEP